



Ha publicado en "La Lucha" su director Marcelino Domingo, un artículo titulado: "El hatillo y la espada. Emigrantes del deber", comentando el hecho—porque ello es un hecho y no un mero suceso,—de que todo un pueblo de un rincón de la provincia de Burgos está dispuesto a emigrar de España. Y con muy ~~amigo~~ sentido y hondo sentimiento de la realidad española ve en eso más que un mero fenómeno económico nuestro buen amigo Domingo.

Sin duda alguna; eso de la emigración no es siempre ni en todas partes un fenómeno puramente económico. Es más, no hay hecho histórico que sea un puro fenómeno económico. La pura economía cae fuera de la historia, que es ante todo moral. La doctrina del llamado materialismo histórico, la de Carlos Marx, que es una doctrina genuinamente germánica y antiliberal, una doctrina para apoyar la tiranía y la explotación, como lo fué la de Malthus, su predecesora, ha acabado de deshacerse, reduciéndose a sus proporciones con esta guerra, pues no hay error que no tenga una almendra de verdad.

La emigración española no es siempre, no es todas partes un fenómeno ~~pseudo~~ eminentemente económico. Hace unos años se habló de que pensaba emigrar en masa todo un pueblo de esta provincia de Salamanca y por entonces fué a aquel pueblo radicante en una comarca que conozco bien y que fué el el principal foco de nuestras campañas agrarias hace cinco años. Pues bien, aquel pueblo no era de los más angustiados económicamente de la provincia, y todo aquello fué obra de un hombre sobre todo, de un solo hombre.

Estoy seguro de que si se investigara la cosa se vería que no es mayor la emigración de las regiones más pobres. Más pobre que las Hurdes no conozco en cuanto he visto de España, y no es poco, y sin embargo los hurdesos que pueden emigrar, que emigran—últimamente al Canal de Panamá y al Brasil—vuelven en cuanto reúnen un puñado de duros, compran un mezquino y sordido pegujar en su tierra, y prefieren vivir allí, pobremente, miserablemente, pero sin amo, a prosperar en tierra ajena. Lo que no es ciertamente un buen cálculo económico. Consumirse de hambre en una cortinilla propia antes que vivir en relativa abundancia y acaso enriquecerse en campos de otro, no es cosa que se explica bien por el materialismo histórico ni que procede del estómago.

Y entre tanto han desaparecido de esta provincia de Salamanca en los veinticinco años largos que llevo ya en ella, cinco o seis municipios reduciéndose a sendos vecinos. Verdad es que estos pueblos no han emigrado sino que los han emigrado; no se han ido, sino que les han echado los dueños de las tierras que cultivaban. Como ahora empieza el Gobierno a echar a pueblos enteros. Porque si todo Burriana emigrase sería que el Gobierno, con el absurdo género de neutralidad que practica, lo desahucia de sus naranjales.

Y no es lo peor que la gente emigre con el cuerpo; es que emigra con el espíritu, es que emigra de espíritu, y es que hasta muchos de los que se que-

dan, de los que tienen que quedarse, emigran en espíritu también. En Galicia hay pueblos enteros donde interesa mucho más la política argentina o la cubana que no la española.

Dice bien nuestro amigo Domingo: "Pueblos de los que salían todos los años el 10 o el 20 de sus vecinos, hoy salen el 40 y el 50 y el 80 por 100. Pueblos de los que no salía una sola persona, hoy quedan desiertos, abandonados. Y aunque en algunos de estos pueblos haya ocupación para todos los brazos y la situación no sea desesperada, existe la emigración y existe, arraigado, en el alma de los que no han emigrado aún, el desco de emigrar." Y es que en España no se está bien. Es que, en España, el español vive descontento. Descontento de todo. Descontento de la escuela que no le enseña; del Municipio que no le administra honradamente; del juez, que no le hace justicia; del ejército, que no es la seguridad de nuestra independencia; del Gobierno, que no siente la dignidad de sus deberes. Descontento de todo. Descontento de la organización actual, que cree eterna, invariable, siempre la misma. Y que al creerla siempre la misma, le estimula a desentendarse de ella, a abandonar a su mala suerte al país que la soporta. Por esto, el desco de la emigración está más extendido que la emigración."

Hay, sin embargo, un caso en que parece no haberse fijado nuestro amigo Domingo y es que no todos emigran porque juzguen eterno e incurable el mal presente de España y consustancial con ella. Los hay, aunque no sean muchos, que creen que ese mal habrá que curarlo desde fuera. Conocemos más de uno que entre los varios móviles que le llevaron a emigrar era uno de los mayores, acaso en cierto sentido el predominante, el de trabajar desde fuera de España por otra España. Sabemos de quienes ha emigrado por patriotismo, como suele ocurrir con los emigrados políticos; sabemos de quienes se han ido de esta triste España del frío y rufinario caciquismo, por amor a la otra España, a la España espiritual y libre.

¿Qué más? Si el que estas líneas escribe no pasara de los cincuenta años y tuviese una numerosa familia que criar, es fácil que hubiese emigrado ya. Y aun así y todo... Y si alguna vez hubiera llegado a emigrar o si llega a hacerlo, será por amor a España, en pro

de cuya libertad y grandeza e independencia espirituales lucha cuanto puede en España misma, pero aun más y con mejor resultado fuera de ella. Si, el que estas líneas escribe no ha podido salir temporalmente, en misión de unos meses o de unos días de su patria, es porque el sentimiento de su dignidad de ciudadano español hollada y escarrocada le ha impedido pedir gracia alguna de jefes que le niegan justicia, pero saldría con el corazón, aunque entristecido, levantado, sin pedir licencia alguna para emigrar así, y saldría a trabajar por el advenimiento de una España que fuese verdadera patria.

Nuestro amigo Domingo quiere que los españoles se queden en España a luchar contra los vicios de España, contra el organismo que sostiene la España oficial. Y concluye su artículo con estas palabras:



